

en sí mismo, ninguna mezcla en sí recibe de él. Luego mucho menos se le pegará aquel fuego infinito (de quien en el Deuteronomio se escribe que es consumidor) convirtiendo las almas en Sí mismo. Ni se requiere proporción de cantidad en la primera causa exenta y libre de las leyes de las causas segundas, fuera de las cuales no pueden ellas obrar; porque esta primera y suprema causa, aunque es de virtud infinita, extiéndese á la producción de cualquiera cosa por mínima que sea, y la une y junta á Sí y á su voluntad, aunque la disparidad sea tanta y el exceso tan grande.

Tiene, pues, y vale la ley de proporción en las causas que son de virtud limitada, pero no en Dios, agente excelentísimo, que excede y sobrepaja toda virtud natural, y á cuyo pestañear y mover de ojo obedecen y están prestas todas las criaturas; las que no son para ser, y las que son para obrar, y para otra vez volver á Él. Y esto se realiza especialmente en el hombre capaz del mismo Dios, y que nació para ser unido, entrando de por medio la fuerza del amor, que une al amante con el amado, y de dos hace uno, según que se escribe (1): *Dios es amor, y el que ama está en Dios y Dios en él.*

(1) Joan., 4.



CAPÍTULO XII

DE LA UNIÓN QUE PRETENDIÓ CRISTO ENTRE ÉL
Y NOSOTROS, MEDIANTE EL SANTÍSIMO SACRAMENTO DEL ALTAR.

BIEN claro mostró Cristo su intento en sacramentarse cuando por San Juan dijo (1): *El que come mi carne y bebe mi sangre, en Mí está y persevera, y Yo estoy y persevero en él.* Es decir en pocas palabras: El que me come es otro Yo, y Yo soy otro él; somos una misma cosa y vivimos una vida. Y es negocio llano que vida de Dios ni la podemos granjear, ni tener, sino por unirnos á Cristo, porque los extremos no se juntan en uno, sino por algún medio; el techo y el fundamento, por medio de las paredes; el invierno y el verano, por la continuación del tiempo; lo pasado y lo futuro, por lo presente; la cabeza y los pies, por la masa del cuerpo. Quitad estos medios y quedarán separados y de por sí los extremos. Quitad á Cristo, y apartaréis al hombre de Dios, y á Dios del hombre.

(1) Joan., 6.

Pero éntre Cristo de por medio y júntesele el hombre, y dadle luego por llegado á Dios; porque los extremos son Dios y el hombre, lo mortal y lo eterno, el Criador y la criatura.

«Puesto Cristo en medio, dice San Epifanio, »no muda la naturaleza, sino según la una y la »otra es medio á las dos, esto es, á la divina y »humana». Apartóse de Dios el hombre, y vino Dios del Cielo é hizose hombre, por juntar al hombre con Dios y á Dios con el hombre. Juntó así nuestra naturaleza humana, para que, dándonos su carne y recreándonos con su sangre, nos allegase más á la divinidad suya y de su Padre.

Mas qué unión sea ésta que se hace comiendo esta carne y bebiendo esta sangre, no es negocio fácil, sino dificultosísimo, declararlo. Por lo cual, antes de que lleguemos á tratar de lo que es de grande importancia para los que con devoción y espíritu comulgan, quiero hablar como todos hablan de esta unión. Las palabras de Cristo son éstas: «El que come mi carne y bebe mi sangre, en Mí está y Yo estoy en él. Filosofía es ésta que no la entendió Aristóteles ni Platón; porque, si el agua está y se contiene en el vaso, no puede ser contenerse y estar el vaso en el agua. Pues si Dios está en el hombre, ¿cómo puede el hombre estar en Dios? Dicen algunos que es lenguaje de amor, y de que usa muchas veces San Juan. En su primera Canónica dice (como ya vimos): *Dios es caridad, y el que*

está en caridad está en Dios, y Dios en él. El amor hace salir de sí al hombre; hácele no estar en sí, sino en el amado. Veréis uno que ardentemente ama, que dice mil disparates, y la causa es porque no está en sí, sino en lo que ama. Lo mismo pasa en el amor divino, que causa en los que aman una santa embriaguez, con la cual salen de sí y se olvidan de todo lo que no es Dios. De esto tuvo significación aquel sueño dulce que durmió el regalado San Juan después de haber comulgado, que, como él mismo dice, se quedó con el Sacramento dormido y en éxtasis, teniendo por almohada el pecho de Cristo. Argumento fuerte para entender que habéis comulgado bien, salir de vos en comulgando. Y en verdad, con justo título sale de sí el que comulga, pues se entra Dios en él. Pero ¿qué cosa es salir de sí? Negarse á sí mismo y morir el querer propio, por que viva y reine sólo el de Dios. Si decís un *no* á vuestro *sí*, y un *sí* á vuestro *no*; si perdéis la vida vieja y la cobráis nueva, sin duda ninguna salisteis de vos. Y también si quitáis los pecados del alma; porque, si los admitís en ella, ni vos estáis en Dios, ni Dios en vos; que así lo dijo San Juan (1): *El que está en Dios no peca.* Luego, si pecáis, no estáis en Dios.

San Agustín pregunta por qué razón, «ya que nos dió Dios su carne y su sangre, nos lo dió y

(1) I Joan., 3.

dejó debajo de especies de pan y vino, y no de perdiz ó de gallina ó de otra cosa semejante». Y él mismo responde que lo hizo para significar la unión entre Dios y el alma que le recibió sacramentado, y la que ha de haber entre los fieles que dignamente comulgan. Porque, como el pan se hace de muchos granos de trigo en uno, y el vino de muchos racimos juntos en el lagar, así, de Cristo y de los que le comen, se hace una misma cosa por amor. A lo menos descubrió Cristo en esto su grande sabiduría y el excesivo amor que nos tiene y desea que le tengamos. Porque, cuanto á lo primero, se hubo con nosotros como un médico sapientísimo con un enfermo que, yéndole la vida en comer de un manjar y no pudiendo, por tener el apetito prostrado y estragado el gusto, se le guisa de suerte que tenga el parecer, sabor y olor de aquello á que está aficionado y antojado, y, juzgando que come lo que apetece, come lo que le ha de dar la salud y vida. ¿Qué otra cosa fué sacramentarse Cristo y quedársenos debajo de especies de pan y de vino, sino guisarnos su vivifica carne en aquello que sabía que comíamos mejor y nos era de mayor gusto y más fácil, para que al olor, sabor y parecer de pan y vino pasase á nuestras entrañas lo que nos había de dar salud y vida? Así debemos entender lo que Él mismo dijo por estas palabras (1): «El que

(1) Joan., 6.

«come mi carne tendrá vida; mas, el que no la «comiere, morirá para siempre».

Descubriónos lo segundo, con esta invención y nuevo modo de comunicársenos, el grande amor que nos tiene y desea que le tengamos. Porque, viendo el poco caso que los hombres hacían de Él, y el mucho que de las criaturas, con una como envidia y celos procuró, como una de ellas, entrarse en ellos. Porque bien habrá acontecido, amando una persona á otra y no pudiendo ver su rostro, teniendo envidia de los criados que la sirven, disfrazarse como uno de ellos y entrar en su casa por ver con libertad lo que bien quiere. Pues sepa el alma que llegó á tanto el amor de su Dios, que viendo el que ella tenía á las criaturas, y que ellas se le entraban en las entrañas y en el corazón, y á Él no le daban lugar ni entrada, determinó disfrazarse so especies de pan y vino, para que, aunque el hombre no quiera, le quiera bien, y amando el pan le ame á Él, que tiene sabor y gusto de pan. Fué invención maravillosísima ésta para aficionar Dios al hombre; porque puesto Dios en la criatura que el hombre ama, le ha de amar, y comiéndola á ella, le ha de comer á Él, y, siendo comido y entrando en el cuerpo, ha de hallar paso para el alma, y de esta manera hacerse há una cosa con ella, que es el fin y blanco de este sacramento.

Por cierto, gran cosa es estar el hombre en Dios, pero no lo es menor estar Dios en el hom-

bre; y lo uno y lo otro se granjea por comer la carne de Cristo y beber su sangre. Es unión recíproca de amor recíproco. Tomó Dios nuestra carne por lo mucho que nos amaba; y por que nosotros le amemos á Él mucho, nos da la suya. Quiere que haya esta reciprocidad entre Él y el hombre, y el hombre y Él; para que podamos cada uno con verdad decir (1): *Este es hueso de mis huesos y carne de mi carne*. Esto pasó en Adán, y fué un ensayo de esta unión de que tratamos; fué decir por figura que entre nosotros y Cristo había de haber un querer, una voluntad, una mesa y una comida.

Para el intento que Dios tuvo en esta unión, precedió una ceremonia en el Testamento Viejo, á mi ver muy misteriosa, y de que los Santos usaban para hacer milagros. Del profeta Elías se escribe (2) que, para resucitar el hijo de aquella viuda de Sarepta, se midió y ajustó con él por tres veces. Lo mismo leemos haber hecho Eliseo para resucitar el hijo de la casada de la ciudad de Suna (3). En los Actos de los Apóstoles (4) hallamos haber usado San Pablo de esta misma ceremonia, echándose y ajustándose sobre un mancebo llamado Eutiquio, que, estando á una ventana oyendo su sermón en la ciudad

(1) Genes., 3.

(2) III Reg., 17.

(3) IV Reg., 4.

(4) Act., 20.

de Troya, se quedó dormido y, cayendo de allí abajo, murió. Alude también á esto lo que Eliseo hizo con el rey Joas, que queriendo mover guerra contra Siria, aconsejándose con el Profeta y pidiéndole su ayuda, el Santo mandó traer un arco, y al rey que pusiese sus manos en él (1). Esto hecho, dice el sagrado texto que se abrazó Eliseo con el rey por las espaldas, y puso sus manos sobre las de él, y á un tiempo flecharon y tiraron. Notable ceremonia, por cierto, juntarse con los muertos para resucitarlos, y con el rey para darle victoria. El misterio y sacramento de ella es que, confiados los Santos de que Dios les haría merced, se juntaban con los necesitados y se incorporaban con ellos para que así Dios los remediase y diese aquello que pedían y habían menester. Como si dijeran: *haced cuenta, Señor, que este muerto soy yo, y yo soy él, y resucitadme, pues os dais por mi amigo*. Por medio más encumbrado y heroico usó Cristo nuestro Redentor de esta ceremonia; porque, haciéndose nuestro manjar y comida, se juntó é hizo una cosa con nosotros y á nosotros consigo, para que por Él alcancemos lo que por nosotros no merecemos, y por estar unidos á Él se nos diese vida eterna y todo género de gracias y misericordias y victoria contra nuestros enemigos.

En todo lo que hasta ahora hemos dicho, no

(1) IV Reg., 18.

queda declarado qué unión sea ésta que se halla entre Cristo y el hombre que le recibe sacramentado; y es razón que nos apartemos muy lejos de los sacramentarios, los cuales afirman ser tan solamente unión de voluntades mediante la caridad. Porque no admiten ellos esto, que es comer realmente la carne de Cristo, «sino sólo espiritualmente, y que espiritualmente y no de otra manera nos unimos con Cristo». Nosotros, empero, firmemente confesamos que en el Sacramento del Altar y Hostia consagrada, real y verdaderamente recibimos á Cristo, y nos unimos y juntamos á Él, no sólo en voluntades, obrando esta unión la caridad, sino también según la carne, por razón de ser nuestro manjar y comida; lo cual es en tanto grado verdad, que por esta unión no sólo recibe el alma las calidades que conforman con su naturaleza, por ser espíritu, como son la gracia, las virtudes, el ser toda ella renovada y recreada, llena de gozo y mantenida de paz, fortalecida en la fe y confirmada en la esperanza, más ferviente en el amor y más presta para bien obrar, pero también la carne del que dignamente recibe este venerable Sacramento participa cuanto le es posible, según su capacidad, de las condiciones y calidades de la carne de Cristo, como son castidad y limpieza, un frescor y templanza que apaga los ardores de la sensualidad, lo cual todo es evidéntísimo argumento de que en este divino manjar está no sólo alguna mística significación ó

eficiencia espiritual, sino también la misma carne y sangre, con real existencia de Jesucristo, y así de ella y de nosotros resulta esta unión que hemos dicho, y somos hechos una cosa con Él, y participamos de sus virtudes como miembros de su cabeza y como sarmientos de su cepa; para que, así unidos con Él, vivamos por Él y gocemos de sus influencias y participemos de su virtud. Y para despertar las almas cristianas y devotas á la continuacion de esta soberana comida, y que se confirmen y crezca en ellas el deseo de recibir dignamente y muchas veces á Cristo su Esposo en el Sacramento del Altar, me pareció traer aquí algunas cosas de las que los Santos, con particular devoción y fervor, escribieron de esta verdad, que todos los fieles conocemos y estimamos, conviene á saber: que en la Hostia consagrada, real y verdaderamente recibimos el cuerpo de Jesucristo.

Concluye el bienaventurado San Hilario, en la disputa que hace contra los arrianos, probando la unión natural que entre el Padre y el Hijo confiesa la Iglesia católica, y añade á nuestro propósito: «Bien parece que pretendió Cristo esta manera de unión; pues haciendo oración á su Padre, poco antes de que muriese, le dijo (1): *Señor, quiero que yo y los míos seamos una misma cosa, así como yo soy una misma cosa contigo.* No son una misma cosa el

(1) Joan., 14.

» Padre y el Hijo sólo porque se quieren bien y
 » se conforman en voluntad, sino también por-
 » que son una misma substancia, de manera que
 » el Padre vive en el Hijo y el Hijo en el Padre,
 » y es un mismo ser y vivir el de entrambos.
 » Luego, para que la semejanza sea perfecta, no
 » ha de ser nuestra unión con Cristo de solas
 » voluntades, la cual se causa del divino espí-
 » ritu que derramó en nuestros corazones, sino
 » que también en la manera del ser, así en la
 » del cuerpo como en la del alma, seamos todos
 » uno cuanto es posible según nuestra condición.
 » Y conviene que, siendo muchos en personas,
 » por razón de que mora en nuestras almas un
 » mismo espíritu, y porque nos mantiene un mis-
 » mo é individuo manjar, seamos todos uno en
 » un espíritu y en un cuerpo divino. Los cuales
 » espíritu y cuerpo divinos, ayuntándose estre-
 » chamente con nuestros cuerpos y espíritus, los
 » cualifiquen y los acondicionen á todos de una
 » misma manera y no de otra que la que le es
 » propia á aquel divino cuerpo y espíritu, que es
 » la mayor unidad que se puede hacer ó pensar
 » en cosas de suyo tan apartadas. Pregunto yo,
 » dice Hilario, á los que entre el Padre y el
 » Hijo ponen no más que unión de voluntades,
 » si está Cristo en nosotros según la verdad de
 » la naturaleza, ó no más que por conformidad
 » de la voluntad. Porque si verdaderamente el
 » Verbo fué hecho carne, lo cual ellos confiesan
 » y nosotros, y verdaderamente recibimos en este

» manjar divino al Verbo encarnado, ¿cómo se
 » puede pensar, ni imaginar, que no permanece
 » real y verdaderamente en nosotros el que, na-
 » ciendo hombre, juntó así inseparablemente la
 » naturaleza de nuestra carne, y la de su carne
 » mezcló con la nuestra debajo de este sacra-
 » mento, que es comida para comunicarnos la
 » vida eterna? Síguese, pues, que somos una
 » misma cosa: porque en Cristo está el Padre y
 » Cristo en nosotros. Y cualquiera que negare
 » que Cristo está naturalmente en el Padre, ne-
 » cesariamente ha de confesar primero que él no
 » está en Cristo ni Cristo en él. Porque el Padre
 » en Cristo, y Cristo en nosotros, hacen que sea-
 » mos una cosa en ellos. Y si verdaderamente
 » Cristo tomó nuestra carne, y verdaderamente
 » aquel Hombre que nació de María Virgen es
 » Cristo, y nosotros, debajo de misterio y sa-
 » cramento, verdaderamente comemos la carne
 » de su cuerpo, y por esto habemos de ser una
 » cosa, porque el Padre está en Cristo y Cristo
 » en nosotros, ¿cómo se atreve nadie á afirmar
 » que ésta es unidad de voluntades y no natural,
 » pues la natural propiedad de este sacramento
 » es unir? Mas advierta el cristiano lector que
 » estas cosas no se han de mirar con ojos tan de
 » carne como son los de aquellos que están ave-
 » cindados en el mundo. Leamos lo que está es-
 » crito y entendamos lo que leyéremos, y oigamos
 » á aquel Señor que dice: El que come mi carne
 » y bebe mi sangre, en Mí está y Yo estoy en él.

Por que nadie dudase de que la unión de que al presente hablamos es más que espiritual y de voluntades, Él mismo se declaró por estas palabras dichas á sus discípulos. Este mundo ya no me ve, vosotros me veréis, porque Yo vivo y viviréis vosotros; porque Yo estoy en el Padre y vosotros en Mí, y Yo en vosotros. ¿Quién se atreverá á deshacer esta unión tan estrecha que hay entre Cristo y nosotros, sino aquel que negare la que hay entre el Hijo y el Padre?

De lo dicho nace una dificultad no pequeña, y de cuya solución pende todo lo substancial de esta cuestión. ¿Dificúltase, pues, cómo es posible que de sólo tocar nosotros á la carne de Cristo, y la de Cristo á la nuestra, resulte tan estrecha unión, que se pueda con verdad decir que somos un cuerpo Cristo y nosotros? A esto se responde, dejadas muchas sutilezas, que no son una carne la de Cristo y la nuestra sólo por tocarse ó besarse, como dice Teodoreto, en el sacramento; ni los Santos ponen esta unidad por sólo este contacto; que, si eso fuese, los pecadores que indignamente reciben á Cristo Sacramentado también se harían una cosa con Él; sino porque, recibiendo dignamente su carne y tocando ella en la nuestra por medio de la gracia que se da por ella, viene la nuestra á remedar algo á la suya haciéndosele semejante, y por esta semejanza se llama una, como solemos decir, de dos que entrañablemente se aman y que en nada discordan sus voluntades que son uno. Despo-

jándose, pues, nuestra carne de sus calidades, y vistiéndose de las condiciones de la carne de Cristo, sin duda será como una ella y la de Cristo. Que si de un hierro muy encendido decimos que es fuego, no porque en la substancia lo sea, sino porque en las calidades, en el ardor, en el encendimiento, en el color y en los efectos lo es, ¿por qué no se dirá nuestra carne carne de Cristo, si está acondicionada como ella? El Apóstol no dice que, *el que se allega á Dios, un espíritu se hace con Él* (1). Y ¿qué cosa es juntarse el hombre con Dios sino recibir la gracia, que es una cualidad celestial que, puesta en el alma, pone en ella mucho de las condiciones de Dios, y la figura muy á su semejanza? Pues si San Pablo llama á nuestro espíritu y al de Dios uno, por la semejanza que hace en el nuestro el de Dios, bien bastará, para que se digan una nuestra carne y la de Cristo, tener algo la nuestra de lo que es propio y natural á la suya.

Añadamos aún á esta razón de semejanza otra no menos principal de la virtuosidad de la carne de Cristo, que es tanta que, juntándose á la nuestra, la deja oliendo á carne de Dios, como olía la de la Virgen por haberle traído en sus entrañas. Como ingeniosamente dijo un poeta moderno hablando con Ella:

Y como por excelencia
Tal Esposo merecéis,
Un olor de Dios tenéis,

(1) I Corint., 6.

Que por fe se diferencia,
Si lo sois ó parecéis.

Gran cosa es ésta, pero no imposible ni menos que fundada en mucha razón; porque si una poma de ámbar, traída por breve espacio de tiempo en las manos, pone su buen olor en ellas, y quitada de ellas, lo deja allí puesto, ¿cómo la carne de Cristo, virtuosísima, eficazísima, estando juntada con nuestro cuerpo é hinchando de gracia nuestra alma, no comunicará su virtud y buen olor á nuestra carne? Mas ¿qué cuerpo junto á otro cuerpo no le comunica sus condiciones? El aire fresco nos refresca, y el caliente nos caldea y enciende con su calor. No digo por esto que ésta sea obra de naturaleza, ni que es virtud que naturalmente obra; que, si tal fuese, siempre y en todos, dignos é indignos, obraría esta unidad y semejanza, lo cual es falso; porque, el que indignamente comulga, juicio y condenación recibe con el Sacramento; lo que decimos es, que es muy semejante á lo que naturalmente vemos que pasa en los cuerpos cuando entre sí mismos se juntan. Si el soplo de la serpiente, como poco ha dijimos, y el manjar vedado comido nos desconcertó el alma y emponzoñó el cuerpo, ¿quién podrá dudar que este manjar que se ordenó contra aquél pondrá, no solamente justicia en el alma, sino también, por medio de ella, santidad y pureza celestial en la carne, y tanta, que se pueda con verdad decir: *serán dos en una carne?*

De este divino discurso se descubre y da á entender lo que ganan las almas que con pureza, reverencia y devoción comulgan, que es todo lo bueno que consigo tiene la carne de Cristo que en el Sacramento se recibe. En harto pocas palabras declaró Tertuliano (1) lo que con muchas no se podrá aquí encarecer. *Los que en el ánima*, dice él, *se mezclan* (quiere decir), los que son unos en el corazón y voluntad, *nunca dudaron comunicarse las demás cosas*; que llano está que, á quien doy mi alma, no le tengo de negar la hacienda ni lo demás que fuere mío. Vemos que en el matrimonio se hace donación mutua de los cuerpos entre el marido y la mujer, y en todos los demás bienes hay comunicación sin diferencia, de manera que no hay *mío* ni *tuyo*, sino todo de los dos indivisiblemente; luego en este Sacramento, donde nos da Cristo su cuerpo para que nosotros y Él seamos una cosa, ningunos bienes que tenga suyos podrá negarnos. Fué de esto figura lo que antiguamente pasó en la primitiva Iglesia, que no solamente las voluntades eran unas, sino todas las demás cosas se tenían de comunidad. San Pablo llamó al Pan consagrado que comemos *comunicación* y participación *del cuerpo de Cristo*, y al Cáliz que bebemos *comunicación de su sangre*; y á lo uno y á lo otro *comunicación de sus merecimientos*.

(1) *Apolog.*, c. 39.

San Juan Damasceno dice (1): «Si las cosas que, mediante el fuego, tocan al oro quedan doradas y de tan lindo color que parecen haberse bebido la naturaleza del oro, aunque antes fuesen hierro tosco y grosero, ¿cuánto más unidos y deificados quedaremos los fieles cristianos si dignamente recibimos el cuerpo sacratísimo de Cristo nuestro Redentor, y nos desnudamos de la naturaleza terrestre de nuestros cuerpos, y nos vestimos de la ropa dorada de la caridad? Dijo muy bien el Apóstol: «Nada de condenación hay en aquellos que están y perseveran en Cristo; porque el que le tiene en sí tiene la vida, y el que no le tiene carece de ella» (2). «Toda carne, dice Gregorio Niseno (3), se sustenta y nutre por el húmedo; porque, si no es por el ayuntamiento del húmedo del manjar, no puede sustentarse ni permanecer en nosotros el húmedo radical; y de la manera que, por lo sólido y firme del manjar, se confirma lo firme y sólido del cuerpo, así también se aumenta el húmedo con lo que en la comida le es semejante; lo cual en nosotros, por virtud de la facultad alterativa, se hace sangre, principalmente si, mediante el vino, recibe fuerza para convertirse en cálido. De aquí es que, como aquella divina carne haya tomado esta forma para sustentar los hombres,

(1) Damascenus, lib. 4, c. 16. *De fide orto.*

(2) I Corint., 1.

(3) Chath. Majori, c. 37.

y Dios, que se nos manifestó, se juntó á la mortal naturaleza con fin de que por esta conjunción suya divina la hiciese y volviere divina, por tanto, por dispensación de gracia y misericordia, se comunica á todos y se da por carne, que de pan y vino se constituye y se junta á nosotros, para que, mediante este ayuntamiento con el Inmortal, seamos hechos participantes de inmortalidad».

Filosofemos ó teologicemos un poco sobre esta consideración de que Cristo es manjar por medio del cual nos incorporamos con Él y participamos de su espíritu y de su carne. Y cuanto á lo primero, dejado á una parte que este manjar es nobilísimo, esplendidísimo y santísimo, digamos cómo nutre, engorda y sustenta el alma, no como los otros manjares de la tierra, que en los más regalados hay que desechar, y no hartan sino por cierto tiempo limitado. Mas éste todo es nutritivo, y no hay cosa en él que echar á mal, y de tal manera harta, que quita (á lo menos en los justos) el hambre de los otros corruptibles manjares. *Yo soy Pan de vida* (dice Cristo), *y el que viene á Mí no tendrá hambre* (1).

Y en otra parte dice: «No os dió Moisés pan del Cielo; pero mi Padre cada día os le da del Cielo y verdadero». De aquí es que este Pan sustenta y nutre el alma para la vida celestial, y es necesario para vivirla; y por esto debemos pe-

(1) Joan., 6.

dirle muchas veces diciendo, como en la oración dominical se contiene (1): *Dadnos hoy nuestro Pan sobresubstancial.*

Lo segundo, tiene este manjar virtud celestial y sustenta como celestial, y así la conversación y trato, los deseos y los pensamientos de los que como conviene le comen son del Cielo, y la vida que viven es vida del Cielo, ó, por decirlo cierto, vida de Dios, que por este sacramento la comunica á los suyos. Lo cual dió muy bien á entender en aquellas palabras que por San Juan dijo: *Qui manducat me, vivet propter me.* El que me come á Mí, vivirá por Mí, porque le comunicaré mi propia vida por participación y gracia, como me comunicó á Mí la suya mi Padre por naturaleza. De manera que el Padre influye vida en el Hijo, el Hijo en el Sacramento, el Sacramento en nosotros. Y si la vida que en el Sacramento influye Cristo es la misma que en Él influyó su Padre, bien se sigue que será vida de Dios, vida inmortal, vida eterna.

También se sigue lo tercero, que, siendo vida de Dios la que hay en este manjar, *no le convertimos en nosotros* (como Él lo dijo á San Agustín), *sino Él nos convertirá en Sí*, como agente de más poderosa vida. A lo menos está llano que si nosotros le convirtiéramos en nosotros, como convertimos el manjar ordinario que comemos,

(1) Luc., 6.

ninguno de los efectos que obra en nuestras almas obrara. Pero, convirtiéndonos en Sí (como queda dicho), vence con su virtud nuestra enfermedad, y comiéndole recibimos fuerza de Dios y somos confirmados para no perecer para siempre. Y por esto decía Crisóstomo: «Apartémosnos de aquella mesa como leones, echando fuego, hechos terribles al demonio». Débese notar empero que así como, tomando Dios nuestra naturaleza, no la consumió ni aniquiló; antes, uniéndola á Sí en unión de persona, hizo que participase el ser divino, así nos convierte en Sí mismo, no consumiéndonos, sino de manera que por este sagrado manjar que nos da, y nosotros comemos, seamos hechos participantes de su ser y vida divina. Por esto se llama la Iglesia *Cuerpo de Cristo*; porque, dándosele en manjar, la convierte á Sí para que sea hecha cuerpo suyo, y cada uno de los fieles miembro suyo. De manera que, como la levadura con su virtud arrebatada á sí, y convierte toda la masa y la sazón, así Cristo Sacramentado arrebatada á Sí toda la Iglesia y con su virtud la hace que sea con Él un espíritu y una carne. Para esta tan maravillosa conversión se requiere semejanza entre nosotros y Cristo, como entre el manjar y quien lo come; porque, como por la medicina sabemos, ninguna cosa nutre y sustenta si no se asimila á las partes que se han de sustentar y nutrir de ella. Hacen los médicos tres estados en el manjar, ó, por decir mejor, considéranle de tres ma-

neras, conviene á saber: como no alimento, como cuasi alimento, y como alimento. *No alimento* llaman á la gallina y al pan en su propia especie; *cuasi alimento* llaman á esto mismo, molido y puesto en el estómago; *alimento*, cuando, hechas las digestiones, todas las partes se ceban por sus venas y arterias. En tanto que el manjar es no alimento, y cuasi alimento, no nutre ni sustenta hasta llegar á ser alimento; pues sólo entonces, por la similitud que tiene con las partes que de él se han de sustentar y mantener, se convierte en ellas y las mantiene; es decir, que del alimento, cada una de las partes del animal toma lo que es su semejante. El pulmón, que es veloz y ligero, lo colérico; los huesos, que son duros, lo melancólico y terrestre; los nervios, ternillas, tripas y coyunturas, lo flemático; el corazón, que es parte nobilísima y aposento de la vida, la sangre más pura y acendrada. De manera que, para llegar á sustentar el manjar, es necesario asimilarle con la parte que de él se sustenta. Esto presupuesto, digo que, para que la Sagrada Comunión sea de provecho y en ella se haga la conversión que pretende Cristo, es menester que haya semejanza entre Él y nosotros. Y porque, como queda dicho, la conversión no es de Cristo en nosotros, sino de nosotros en Cristo, nosotros, como mantenimiento suyo, nos habemos de asimilar á Él en cuanto nos fuere posible, para que, como del manjar y del que le come se hace una cosa, de nosotros

y de Cristo resulte un espíritu y un querer. Yo tengo de ser el quebrantado y molido por la contrición, y cocido con el fuego y calor de la caridad, y adelgazado con la penitencia, y deshecho por la abnegación de la propia voluntad para ser semejante á Cristo, que, con inmensa caridad, molido, quebrantado y deshecho con dolores y tormentos, se ofreció en la cruz por mí al Padre. Al fin, para que el decir yo Misa, y al colmular vos, nos entre en provecho, es necesario que nos conformemos con Cristo y que imitemos sus virtudes y costumbres celestiales; porque mal se unirá el soberbio con el humilde, el carnal con el castísimo, y el furioso con el manso cordero, si no es que pretendáis alguna quimera y monstruo.

Mírense los instrumentos de que nos proveyó Naturaleza para disponer el manjar, sutilizarlo y depurarlo hasta llegar á convertirse en substancia del que lo come; que, cierto, es cosa de grande admiración. Hay dientes donde se quiebra y divide; hay muelas donde se desmenuza; hay calor en el estómago donde se cuece y aparta lo grueso de lo sutil; hay venas mosaicas que chupan esto sutil y déjalo no tal; hay coladeros que cuecen y purifican esto de las heces; hay poros estrechísimos que reciben el manjar ya colado y desecado; hay, finalmente, la esponjosidad de los miembros que lo atraen para su sustento. Pues por muchos más instrumentos habemos de pasar nosotros para ser mantenimien-